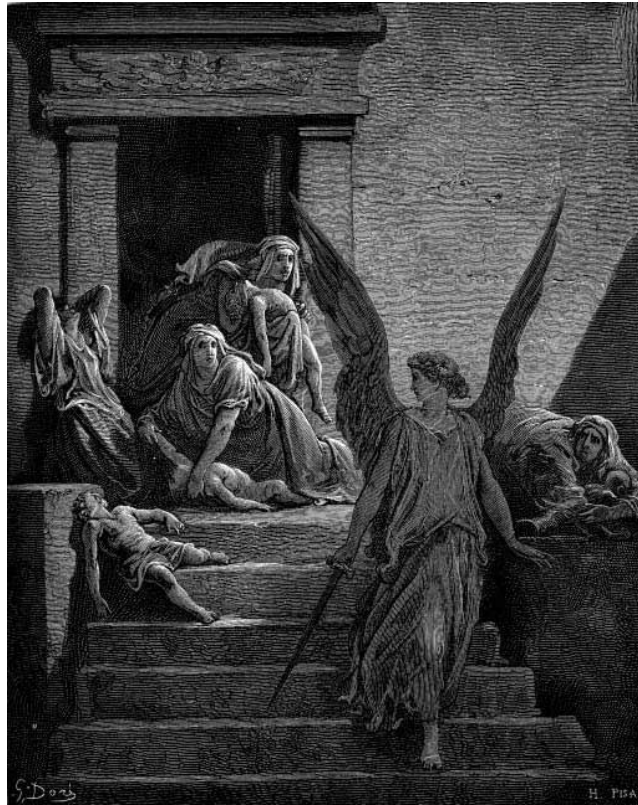


NOTAS DE LITURGIA: LA PASCUA

PASCUA DE RESURRECCIÓN

LA PASCUA JUDÍA



El nombre de Pascua deriva de la palabra hebrea *Phase* o *Phazahah*, y significa "paso" o "tránsito", o más propiamente "salto".

El objeto principal de la Pascua judía fue conmemorar el "paso" del Ángel exterminador por las casas de los egipcios, matando a sus primogénitos; pasando por alto, o "saltando", y perdonando a los de los hebreos.

Al propio tiempo que conmemora el paso del Ángel exterminador por las casas de los egipcios, la Pascua judía les recordaba a los hebreos la comida del Cordero, y el insigne beneficio de haber sido ellos librados de la esclavitud, "pasando" a pie enjuto el mar Rojo.

Este Cordero es el animal que les mandaba Moisés tomar a los hebreos por familias, e inmolarlo para celebrar la Pascua, o "paso" del Ángel. De él habla minuciosamente el Éxodo en el capítulo XII, vers. 5, 6, 8, 9, 10, 11, 26 y 27.

Tales eran, en resumen, las ceremonias de la Pascua judía, y tales los sucesos que con ella conmemoraban. Todo en ella era figura de la Pascua cristiana. El Cordero pascual, especialmente, era una imagen tan viva y tan perfecta de Jesucristo, que los mismos Apóstoles la hicieron resaltar en sus escritos.

LA PASCUA CRISTIANA



La Pascua cristiana fue establecida en los tiempos apostólicos, y tiene por objeto celebrar el gran acontecimiento de la Resurrección de Jesucristo, que fue un "tránsito" glorioso de la muerte a la vida, después de haber pasado por el mar Rojo de la sangrienta Pasión.

La Pascua judía se celebraba el 14 del primer mes judío, *Nisán*, día y mes que Jesucristo fue inmolado en la Cruz.

Está demostrado que la muerte del Señor acaeció en viernes: el Viernes Santo, que nosotros festejamos.

Desde el principio se suscitó entre los cristianos a este respecto una controversia, la "controversia pascual", que tuvo su resonancia en todas las Iglesias. Se disputaba entre ellas acerca del día en que debía celebrarse la Pascua.

Las Iglesias de Asia fijaban la data de la Pascua, a la usanza judía, el 14 de Nisán, fuese cual fuese aquél el día de la semana; mientras Roma, y con ella casi todo el Occidente, la retardaba al domingo siguiente, precisamente para no coincidir con los judíos.

De esta suerte, la Pascua era, para los unos, el aniversario de la Muerte del Señor, y para los otros, de su Resurrección. La cristiandad estaba, pues, frente a un grave conflicto litúrgico.

Unos y otros invocaban en su favor la autoridad y la tradición apostólica: los asiáticos, la de San Felipe y San Juan, que vivieron y murieron entre ellos; los romanos, la de San Pedro.

Entre el Papa Aniceto (157-168) y San Policarpo, obispo de Esmirna, se plantea abiertamente la cuestión; pero nada se resuelve. El Papa Víctor I (190-198), la vuelve a encarar con ánimo de zanjarla, y, al efecto, invita a todas las Iglesias de Oriente y de Occidente a reunirse en sínodos para deliberar. Los occidentales abogaban, casi por unanimidad, por el uso romano; en cambio los asiáticos se aferraban a su tradición. Después de intervenciones conciliatorias por ambas

partes, el Oriente y el Occidente convienen celebrar la Pascua en domingo, práctica que definitivamente quedó consagrada en el concilio de Nicea.

Pero, si todas las Iglesias de la cristiandad estaban ya de acuerdo en celebrar la Pascua, no ya el 14 de Nisán, como los judíos, sino en un domingo, faltaba todavía fijar para siempre el tal domingo, ya que de eso dependía todo el ciclo litúrgico anual.

Después de muchos y difíciles estudios y de tantear, durante largos años, los diversos sistemas astronómicos en uso, para concordar en lo posible los años solares y lunares, por fin la Iglesia Romana fijó definitivamente la celebración de la Pascual el *domingo siguiente a la luna llena del equinoccio de primavera*, o del 21 de marzo, pudiendo por lo tanto, oscilar la fiesta entre el 22 de marzo y el 25 de abril.

La data de la Pascua es la más importante de todo el año, pues regula todas las fiestas movibles, influyendo en los períodos litúrgicos que la preceden y la siguen.

LA SOLEMNIDAD PASCUAL



Los oficios pascuales propiamente dichos, preludian el Sábado Santo, con la Bendición del fuego y todo lo demás que correspondía a la noche de ese día y a la madrugada del domingo; pero la Pascua verdadera comienza con la Resurrección de Jesucristo, en la aurora del domingo.

He aquí cómo la anuncia al mundo católico el *Martirologio Romano*:

En este día que hizo el Señor, celebramos la Solemnidad de las solemnidades, y nuestra PASCUA, es decir: La Resurrección de Nuestro Salvador Jesucristo, según la carne.

En la Edad Media, estuvo muy en boga la costumbre de representar dramáticamente en los atrios de los templos la escena de la Resurrección, inmediatamente después de los Maitines y antes de Laudes. Con variantes locales, el drama litúrgico se reducía a lo siguiente:

El clero y los fieles iban en procesión, con cirios encendidos en las manos, y, a veces, con incienso y aromas, a un cierto lugar en que se había instalado un Sepulcro imaginario. Allí esperaban varios clérigos vestidos de albas, representando a las tres Marías y a los Apóstoles San Pedro y San Juan, a los que asociaban los niños del coro, personificando a los Ángeles mensajeros de la Resurrección.

Al acercarse al sepulcro, los Ángeles preguntaban, cantando, a las Marías:

Quem quaeritis in Sepulchro? (¿A quién buscáis en el Sepulcro?)

Y respondían ellas:

Jesum Nazarenum. (A Jesús Nazareno)

Contestándoles los Ángeles:

Surrexit; non est hic. (Ha resucitado; no está aquí)

Y levantando el velo o sudario que cubría el Sepulcro imaginario, los Ángeles se lo mostraban vacío a las Marías y a toda la concurrencia.

Inmediatamente, se entablaba entre ellos el diálogo de la Secuencia *Victimas Paschali laudes*, de la Misa de Pascua, terminando el acto con el *Te Deum*.

En otras iglesias se celebraba el desentierro del *Aleluya*, como un complemento de la ceremonia del entierro realizada la víspera de Septuagésima; cuya aparición se saludaba con cánticos de regocijos.

Seguramente es un vestigio de estos antiguos usos populares la típica procesión que en algunos países se celebra actualmente todavía en la mañana de Pascua, para representar el encuentro de Jesús con la Virgen su Madre, y los mutuos saludos de parabienes que se dirigen por boca de algunos de los concurrentes.

La liturgia de la Misa de Pascua como toda la de este día, tanto en su parte textual como melódica, es un desbordamiento de gozo por el triunfo insuperable de la Resurrección.

La pieza típica, en la Misa, es la prosa *Victimae paschali*, que le sirve de Secuencia y que dramatiza el hecho de la Resurrección.

En Roma, la estación y la Misa papal se celebraban en la basílica de Santa María la Mayor. Era lógico que la primera visita y los primeros honores pascuales se le reservaran a la Madre de Dios, a quien también su Hijo visitaría antes que a nadie, para hacerla participante del triunfo de la Resurrección.

EL TIEMPO PASCUAL

EL PANORAMA PASCUAL

Terminada la fiesta de Pascua con la Nona del Sábado *In albis*, se abre en el ciclo litúrgico un bello panorama, que contrasta fuertemente con el austero y sombrío que hemos dejado del otro lado de la Pascua.

Lo forman las semanas comprendidas entre aquella fecha y el domingo de la Santísima Trinidad, abarcando, por lo tanto, la conmemoración solemne de los misterios gloriosos de la *Resurrección* y la *Ascensión del Señor*, y el *Advenimiento del Espíritu Santo*.

Es lo que, en lenguaje litúrgico, se llama *Tiempo Pascual*.

La Santa Cuaresma, con su preámbulo de Septuagésima y su epílogo de Pasión y Semana Santa, semejan una serie de colinas, no muy altas, pero ásperas, que conducen a otra más empinada y amenísima, y en cuyo itinerario el caminante cada día se siente más afectado por los ayunos y privaciones de diverso género, y usa de lenguaje y de cánticos más lastimeros, si bien muy consoladores.

El arribo a la cumbre de la montaña, que es la Pascua, provoca en él explosiones de júbilo; se despoja del luto que llevaba y se viste de blanco; suspende las penitencias y se entretiene allí ocho días en continua fiesta.

Cuando, al terminar la octava pascual, se prepara el cristiano a reanudar el viaje litúrgico, se descubre a su vista un panorama bellissimo, de valles ondulantes tapizados de flores y plantas aromáticas y orlados de variedad de árboles, donde juegan y cantan las aves.

Tal aparece, bien estudiado y bien vivido, el tiempo pascual, con sus cincuenta días bien completos y su liturgia triunfante.

EL MISTERIO DE LA RESURRECCIÓN

La celebración de este misterio ocupa casi cinco semanas de esta temporada. En ellas aparece el Divino Resucitado tratando familiarmente con sus discípulos y organizando la Iglesia, que ha de ser la continuadora de su obra restauradora.

Los evangelios, epístolas y demás textos de las misas y de los oficios, ponen a los sacerdotes y a los fieles en íntimo contacto con la Persona de Jesucristo, a quien, sin necesidad de palparlo, como Santo Tomás, lo creen y adoran y casi lo sienten realmente resucitado y glorioso.

Por eso son estas semanas de *desbordante alegría*, como bien se advierte en los cantos y en todo el conjunto de la liturgia, y asimismo lo son de *renovación y remozamiento espiritual*.

Para manifestar esta alegría y triunfo de la Resurrección, la Iglesia viste de gala a los altares y a los ministros con ornamentos *blancos* o *encarnados*, según las festividades; entona himnos heroicos, entremezclándolos con jubilosos e incesantes *aleluyas*; suspende los ayunos y las penitencias y todas las manifestaciones de dolor; y luce en el presbiterio un cirio gigantesco, el *Cirio Pascual*, imagen de Jesucristo resucitado y radiante de gloria.

Con todo esto, el templo asume un aspecto como de antecámara del Cielo, y los oficios litúrgicos celebrados en ese ambiente semejan preludios de las fiestas eternas, cuyos goces purísimos parecen gustar por anticipado.

Esta ansia de renovación espiritual bulle en todos los textos y en todos los ritos pascales, empezando por los del Sábado Santo al crear para el culto pascual: fuego, luz e incienso nuevos; agua bendita y bautismal nuevas; óleos y crisma también nuevos; y al invitarnos con insistencia a abandonar la "vieja levadura" y a sustituirla por masa fresca y nueva.

Es la idea dominante de toda la temporada, y ello da pie no solamente la Resurrección de Cristo, que señala un resurgimiento visible hasta en la misma naturaleza, sino también el bautismo de los neófitos, en quienes la vida de la gracia nacía pujante y brindaba ocasiones a los demás para redoblar el fervor.

DOS NOTAS SALIENTES

Entre las varias notas triunfales y regocijantes que ofrece a los fieles la liturgia pascual, dos son las más características y que contribuyen más poderosamente a poner a tono los corazones con los sentimientos que embargan a la Iglesia en estas solemnidades: la presencia continua del *Cirio Pascual*, y el uso constante del *Aleluya*.

a) El *Cirio Pascual*



Desde el Sábado Santo, en que fue solemnemente bendecido, se yergue glorioso en el presbiterio del templo y sobre gigantesco candelabro.

Pocos objetos del culto tienen tan bella historia y evocan tan poéticos y consoladores recuerdos.

Su origen es antiquísimo, pues es, por lo menos, anterior a San Jerónimo y a San Agustín.

Primitivamente sirvió este cirio como de almanaque o calendario, pues en él se grababan las datas de la Pascua y de las fiestas movibles de cada año, que los astrónomos más peritos de Alejandría averiguaban oportunamente, y que el patriarca de aquella iglesia trasmitía oficialmente a todas las de Oriente y Occidente.

Luego empezó a desempeñar en la liturgia un doble papel, todavía más importante: uno práctico, que era alumbrar a la asamblea religiosa y acompañar las procesiones de los neófitos y de los fieles al baptisterio; y otro místico, que era representar a Jesucristo Resucitado y a la milagrosa columna luminosa que acompañaba de noche a los hebreos en su larga peregrinación por el desierto.

Es él imagen de Jesucristo Resucitado y de Jesucristo "luz del mundo" y "resplandor del Padre", por quienes somos los cristianos "hijos de la luz" y enemigos natos del espíritu de las tinieblas.

La cera figura su Cuerpo, la mecha su alma, la llama su Divinidad; y estos tres elementos íntimamente unidos, entre sí, simbolizan la unión de la naturaleza Divina y de la naturaleza Humana en la adorable Persona de Jesucristo.

En atención a este su alto significado, el Cirio Pascual fue y sigue siendo siempre elaborado con particular esmero, y dedicado al culto con solemnísima bendición.

Los antiguos eran todos obras de arte y modelos de decoración. Se les daba la forma de una columna, y asimismo a los candelabros que los sostenían; otras veces afectaban la forma de árbol.

Para llamar la atención de los fieles sobre ellos y representar más al natural la columna de fuego, se procuraba fuesen siempre estos cirios de extraordinarias dimensiones. Los había de más de 35 pies de alto, y en algunos, como en los de la abadía de Westminster, se invertía no menos de 300 quintales de cera.

Estas dimensiones permitían no solamente pintar al Cordero Pascual, el Pez y otros símbolos de Cristo, amén del alfa y la omega, sino también grabar la lista entera de las fiestas movibles del año eclesiástico, y un sinnúmero de fechas históricas de la historia religiosa del mundo y de la propia localidad.

Figura, como es, el cirio pascual de Jesucristo Resucitado, desaparece del templo el día de la Ascensión en seguida que el Evangelio de la Misa solemne anuncia la partida al cielo de Nuestro Señor.

b) *El Aleluya*



Es el *Aleluya* la aclamación litúrgica más repetida y que más dulcemente resuena a los oídos de los cristianos en este tiempo pascual. Es una palabra hebrea que literalmente significa "*alabad al Señor*" (laudate Dominum), y en este sentido, y a modo de jaculatoria, la usaron los judíos y la adoptaron también los primitivos cristianos, así en las asambleas religiosas como en la vida privada, en las inscripciones y epitafios, y hasta en los brindis y arengas populares. Por todos estos motivos la historia del aleluya es, de suyo, todo un poema.

San Juan nos ha transmitido el Aleluya, en su Apocalipsis, como una tonada celestial; pues dice que lo oyó cantar, primero, a nutridos coros de bienaventurados; luego, a los 22 ancianos que rodean el Trono del Cordero; después, a una masa de mucha gente, y, por fin, a una voz que imitaba el murmullo de los ríos caudalosos y el retumbo de los truenos.

Acaso para reproducir el eco vago de este celestial concierto, o para pintar con notas musicales los dulces desahogos y explayamientos de las almas contemplativas, o quizá para darnos una imagen del canto sin fin de los bienaventurados, adornaron los compositores sagrados las últimas sílabas del aleluya de la Misa con esa como cascada de notas que forman los interminables *jubilus gregorianos*.

Usada, pues, esta aclamación en la liturgia del Cielo, nada más natural que la adoptase para sus oficios la liturgia de la tierra, y que hiciese de ella un sano derroche, sobre todo en las fiestas pascales.

Efectivamente, en ellas no hay versículo, antifona ni responsorio que, o no estén recamados de aleluyas, o no lleven, solo o redoblado, este suavísimo apéndice.

Por eso, cuando al comenzar la Septuagésima, se ve obligada, en virtud de las rúbricas, a desprenderse de él, lo hace con manifiesto duelo; y, en cambio, al reasumirlo en la Misa del Sábado Santo, no se sacia de repetirlo y de modularlo, como si quisiera acariciarlo a su regreso.

Del uso del aleluya fuera de los oficios litúrgicos nos hablan con frecuencia los Santos Padres y aun los autores e historiadores profanos, y en los anales de esta aclamación privilegiada, como si se tratara de algún ilustre personaje, se registran hazañas realmente memorables.

Él cuenta sus victorias y sus milagros, y hasta tiene sus mártires en el Martirologio Romano.

San Jerónimo nos dice que era el aleluya una cantinela que se oía por doquier. Los niños aprendían a cantarlo al propio tiempo que a deletrear el abecedario.

Cantado en el anfiteatro, sirvió para sostener y enardecer a los mártires; oído de improviso en el templo de Serapis, se le tome como anuncio infalible de que el dios falso sería en breve desplazado por el Dios verdadero, como en efecto sucedió. Entonado en un incendio, apagó instantáneamente las llamadas devoradoras; coreado entusiastamente por los sacerdotes y soldados bretones en la guerra del 448 contra los pictos y sajones, su eco repercutió con tan grande estruendo en las montañas vecinas que sembró la confusión en el ejército enemigo y lo puso en fuga. Cantando desde el ambón, en la invasión del África por los vándalos, la melodía *aleluyatica*, el lector recibió una aguda flecha en la garganta, de la que murió en el acto. Los misioneros benedictinos, capitaneados por San Agustín de Cantorbery, inauguraron la evangelización de Inglaterra al son del aleluya, y desde entonces —escribe San Gregorio Magno— “la lengua de los bretones, que no sabía a la sazón más que bramar en un acento bárbaro, empezó a hacer resonar en los divinos oficios el dulcísimo aleluya”.

LOS DOMINGOS DE PASCUA

Cinco son los domingos después de Pascua, de los cuales los *dos primeros* son los más célebres en *la liturgia del Tiempo*.

Domingo I

Hoy es conocido con el nombre de Domingo de *Quasimodo*, de la primera palabra del Introito de la Misa, y de Domingo *In albis depositis*, por aparecer ya los neófitos en la Iglesia sin los trajes bautismales.

En la Edad Media lo llamaban *Pascua cerrada*, para anunciar que con él se clausuraban las solemnidades pascuales.

En la actual liturgia goza del privilegio de rito *dobles*, por el que es preferido a cualquier fiesta, aun de grado superior.

En tiempos antiguos, en que el catecumenado y el bautismo de los cristianos se hacía con tanta solemnidad, estuvo en uso celebrar solemnemente el *aniversario* del bautismo pascual con una fiesta especial que se llamaba *Pascua anotina*.

Era a la vez una fiesta de acción de gracias por el sacramento recibido, y de balance anual sobre su cumplimiento de las obligaciones allí contraídas. Se celebraba con una Misa especial compuesta de textos alusivos a la Resurrección y al bautismo, y en ella hacían los asistentes las ofrendas de estilo.

Un inconveniente se presentaba a menudo: que el aniversario coincidía a veces en Cuaresma, y las alegrías de la *Pascua anotina* no pegaban con las tristezas cuaresmales. Esto dio lugar a un traslado de la fiesta, la cual se fijó, ora en el Sábado *In albis*, ora en el lunes siguiente, es decir, alrededor de este domingo de *Quasimodo*.

Esta *Pascua anotina*, tan simpática, colocada así alrededor de este domingo, motivó el que fuera elegida esta fecha para la primera comunión de los niños, a quienes, para evocar a los neófitos antiguos, se les vestía de blanco y se les hacía renovar colectivamente las promesas del bautismo.

Reliquias de esta costumbre son, en nuestros días, las primeras comuniones de los niños y niñas con sus lazos y trajes blancos, así como la renovación de las promesas del bautismo y la celebración del día aniversario del bautismo con preferencia al del nacimiento.

Domingo II

Es el Domingo del *Buen Pastor*, nombre que recibe del Evangelio de la Misa.

Antiguamente era celeberrimo, por lo mismo que la figura de Jesucristo, bajo la del Buen Pastor, era la más usada por los primitivos artistas y la más popular entre los cristianos. La basílica de San Cosme y San Damián, donde primitivamente se celebraba la "estación", y luego la Vaticana de San Pedro, se llenaban de fieles, que iban ansiosos a escuchar la palabra del Papa acerca del Buen Pastor.

Son célebres las catorce homilías de San Gregorio Magno, pronunciadas seguramente en esta ocasión. De ellas y de la solemnidad que revestía este domingo nació la devoción tan querida al Buen Pastor. Por asociación de ideas, era éste el día de los Pastores eclesiásticos.

La Iglesia griega llama a éste *Domingo de las santas Miraflores*, por estar consagrado a celebrar el recuerdo de las piadosas mujeres que fueron al Sepulcro con aromas para embalsamar el Cuerpo del Señor.